

El chófer del coche de alquiler era alto y moreno y guapo, y se parecía al soldado profesional que había sido en el momento en que estalló la guerra. Después había desarrollado otras ocupaciones; en sus horas de mayor extroversión decía de sí mismo: “En mi carrera he tenido muchos altibajos”. Sin embargo, era el ejército lo que había dejado huella en su aspecto. Nadie podía dudar de que resultaba impactante, y menos aún él mismo, pero su porte no daba ninguna pista de que fuera consciente de ello. No parecía sentirse orgulloso de su apariencia; la protegía como si fuera algo ajeno, de propiedad pública. Era elegante y fino, y transmitía una sensación de inaccesibilidad. La figura de la mayor parte de la gente tiene el vago contorno de algo visto débilmente a través de los ojos de un miope, pero la suya parecía haber sido afeitada. Buscando ser correcto, de algún modo resultaba estiloso; aunque la materia fuera plebeya, tenía un toque patricio. Con cara de indiferencia, les abría la puerta del coche a sus clientes; con cara de indiferencia, escuchaba sus órdenes cuando todavía no los conocía; con cara de indiferencia, mantenía la portezuela abierta mientras sus clientes se apeaban. Para aquellos que lo consideraban un hombre y no sólo un chófer, resultaba algo imponente, y eso era lo que él quería. Sus modales, tan intachables como su aspecto, podrían ser el producto de un plan deliberado para proteger su impersonalidad. Cuando hablaba, cosa que apenas hacía

salvo que se hubieran dirigido a él, tenía un aire inflexible. No era ampuloso ni altanero y no parecía tomarse en serio a sí mismo, pero algo en él –tal vez su mirada, que mantenía fija de un modo que no estaba justificado si no había ningún conflicto– traslucía una ligera amenaza. “No te acerques”, parecían decir sus ojos. “No te acerques.”

Ésta era la cara que mostraba al mundo y la que veía en el espejo cuando, a cualquier hora del día o de la noche, adoptaba su personalidad laboral. Pero no era el rostro que veía su Creador, quien se había tomado algún trabajo para diseñarlo. Detrás de la cara visible había un cráneo con una estructura huesuda, estrecha, delicada y fuerte. Entre los pómulos y las sienas, había excavada una oquedad. Tenía los ojos hundidos, pero tan separados que cuando volvía la cabeza, la línea convexa invadía la línea cóncava, como una luna creciente que se acercara hasta superponerse a una luna nueva. Eran del color bronce de los cañones y parecían igual de duros, y el pálido brillo dorado del bronce de los cañones también se veía en ellos. Sus cejas negras dibujaban unos pronunciados arcos, y una de ellas era un poco más espesa que la otra. Una profunda arruga le cruzaba la frente, reproduciendo la línea de las cejas, como un arco. Tenía la nariz recta y más bien larga. Debajo de ella pendía un fino bigote oscuro con forma de uve. Unos poderosos planos verticales sostenían estas medias lunas colgantes; se extendían desde los pómulos hasta la barbilla, pequeña y hendida, que, con su forma más o menos triangular, ascendía hasta una meseta redondeada, separada de su boca por una marca profunda y curvada hacia abajo. En lo alto, el pelo negro, entreverado de canas, era abundante y ondulado. Por la parte de atrás, lo tenía tan próximo a la cabeza que parecía que lo llevara pegado. No tenía la piel demasiado morena, pero la forma de su cabeza estaba tan bien definida que incluso

cuando le daba la luz directa, se le veían sombras en el rostro. En reposo, su expresión era triste, de melancólica meditación; cuando reía, que era muy pocas veces, se le veía el blanco de la parte superior de los ojos. De frente, parecía mayor de lo que era, debido a la huella que toda su experiencia había dejado en sus rasgos, pero de perfil o desde atrás, más joven. No tenía aspecto de inglés; quizá corriera por sus venas algo de sangre picta.

La naturaleza quiso que su rostro fuera expresivo, pero él se esforzaba por evitarlo, ya que una expresión siempre traiciona algo, y lo último que quería era traicionarse. El prestigio personal le importaba mucho; podía sentirse ofendido en cualquier momento, con frecuencia sin ningún motivo. En su juventud, tenía la costumbre de emborracharse y meterse en peleas. Si no le gustaba la cara de un hombre, ya sentía que tenía una razón para provocarlo, y si llegaban a las manos, el chófer, que había boxeado representando a su batallón y había sido el capitán de su equipo en el juego de tirar de la cuerda, podía desempeñarse con solvencia. No es que fuera un matón; en ciertos estados de ánimo, estaba dispuesto a pelearse con cualquiera, y también a beber con su enemigo tras la pelea. De hecho, después de la agarrada, se sentía más en paz con el mundo que en ningún otro momento. Su valor, sin embargo, no era perfecto. Era un hombre de ciudad, y si, cuando estaba acompañando a alguien, tenía que atravesar un campo donde hubiera ganado, su conversación se interrumpía hasta que pasaba el peligro.

Tanto en la plaza de armas como en los barracones, si la ocasión era propicia, podía hacer comentarios devastadores; pero entre sus compañeros y cuando no había ningún problema, practicaba el arte de la atenuación: hacía comentarios secos y mordaces que no eran irónicos de un modo deliberado sino que consistían, sobre todo, en una expre-

sión inconsciente del hecho de que había visto demasiadas cosas extrañas como para que algo extraño lo impresionara.

“Nada que pueda suceder me sorprende”, solía decir.

En cuanto a su filosofía, era un cínico, como él mismo admitía. Sin haber tenido ninguna ilusión, que se supiera, se las apañaba para sentirse desilusionado. A veces, en la intimidad de su cuarto de baño, cantaba para sí. Una de sus canciones decía (con la melodía de “*Auld Lang Syne*”):

Estoy convencido, estoy convencido
de que las chinches son más grandes que las pulgas,
pues en la pared juegan al fútbol
y yo soy el árbitro.

Eso, quizá, fuera lo único de lo que estaba convencido. Pero no se jactaba de ello, ya que la jactancia estaba en contra de su código de conducta y siempre se burlaba de la de los demás. La llamaba “batir huevos con un palo enorme”. Era algo que provocaba en él un tono perezosamente burlesco que era la señal, para aquellos que lo conocían, de que debían ponerse en guardia. “¿Puedes decir eso otra vez?”, pedía. “Me gusta oírlo.” Pero al ser un cínico, y al tener el pragmatismo de un cínico, se controlaba a la perfección, y pocos de sus clientes podrían haber adivinado lo que se maquinaba tras aquella atractiva cara de póquer. Él estudiaba sus personalidades y hacía cuanto estaba en su mano por satisfacerlos, salvo mostrarse demasiado efusivo, puesto que las efusiones, solía afirmar, no les gustaban. Se dirigía a ellos llamándolos “señor” y “señora”, e incluso “caballero” y “dama”, de una manera que estos títulos les conferían una distinción especial. Era rigurosamente puntual, cosa que no podía decirse de sus colegas del negocio de los coches de alquiler; y si, por alguna circunstancia, se retrasaba, o si sucedía algo y no podía hacer su trabajo y tenía que enviar a otra per-

sona en su lugar, llamaba al cliente para pedirle disculpas, o incluso le escribía, aunque no le gustaba nada escribir cartas. El hecho de que fuera tan atento, en contraste con sus modales impersonales, daba muy buena impresión, y sus clientes lo recomendaban a sus amigos por ser un hombre especialmente cortés, fiable y servicial.

Eso lo agradecía, pero no tenía muchos más motivos para sentirse agradecido. Como es lógico, sus clientes lo trataban con menos consideración que él a ellos. Muchas veces lo tenían esperando hasta la madrugada, en un club nocturno o en un baile, sin ofrecerle siquiera un sándwich o una taza de té; muchas otras anulaban el compromiso que tenían en el último momento sin disculparse ni prometerle una compensación; en ocasiones se olvidaban por completo de él. Daban por hecho que tendría paciencia con su falta de consideración; no parecían darse cuenta de que podían herir sus sentimientos o perjudicar sus intereses, y algunos de ellos hablaban en su presencia con tanta libertad que parecía que él no estuviera allí. Hacía tiempo que esto no le importaba, y había aprendido a no prestar atención a su cháchara, pero en algunas ocasiones, cuando no podía evitar oírla, se le antojaba extremadamente estúpida. Algunos de sus clientes se conocían, pero no sabían que empleaban al mismo chófer. Si hubiera sido dado a chismorrear con unos clientes sobre los otros, cosa que no era por conveniencia y temperamento, podría haber causado mucho daño repitiendo aquellas tonterías desconsideradas. A menudo, su tarea era recoger a sus clientes después de que almorzaran o cenaran con sus amigos. Desde la puerta le llegaban los efusivos agradecimientos, pero un poco después, en el coche, las críticas que hacían de la comida, los invitados y los anfitriones mostraban una realidad muy distinta.